

Prólogo

Salvador Macip

Médico, científico y escritor

Lo recuerdo perfectamente. Tenía siete años y había conseguido entradas para ver la película que todo el mundo esperaba con ansia aquella temporada: *La guerra de las galaxias* (la que con el tiempo acabaríamos llamando *Star Wars Episodio 4: A new hope*). La sala estaba tan llena que nos tuvimos que sentar casi en primera fila, en el extremo derecho de la platea. Se apagaron las luces y enseguida comenzó a sonar la música, y aparecieron las famosas letras del principio que te transportaban a una galaxia muy, muy lejana. Pero lo que me dejó con la boca abierta (literalmente) fue el destructor estelar entrando en escena con un ruido terrible de motores, punteado por los «fiiuuu, fiiuuu» de los cañones iónicos dirigidos a la nave rebelde que intentaba huir.

No fue hasta años después que me di cuenta de que, parafraseando el lema de otra célebre película de

ciencia ficción, en el espacio nadie te oye gritar y, por tanto, buena parte de lo que hacía que la escena inicial de *A new hope* fuera tan espectacular era simplemente imposible: ni los destructores estelares ni sus armas harían estos sonidos en el vacío. Fue la época en que descubrí qué era la ciencia ficción *hard*, la que respeta siempre las leyes de la física de nuestro universo, y la diferencia entre lo que escribía gente como Arthur C. Clarke y la mayoría de la fantasía que consumíamos entonces los jóvenes.

Pero pronto entendí que no se trataba de elegir. Vi *2001: A space odyssey* y salí tan transformado como la primera vez que presencié cómo un X-Wing se enfrentaba a un Tie Fighter como si fueran aviones de la Primera Guerra Mundial surcando ágilmente los cielos europeos, en lugar de naves flotando torpemente en el vacío cósmico. A partir de entonces, empecé a pasarlo bien

con todo tipo de historias de ciencia ficción, ya fueran realistas o exageradas, tanto si los protagonistas podían saltar instantáneamente por el hiperespacio de un punto a otro como si tardaban meses en llegar tan solo al planeta más cercano del sistema solar. Y además, empecé a aprender física casi sin darme cuenta, porque eso me permitía analizar mejor lo que veía y valorar hasta qué punto lo que me contaban podía ser posible.

Somos muchos los que hemos defendido que ciencias y letras no son culturas diferentes, sino las dos caras de una misma, y en ningún sitio es más evidente que en la ciencia ficción. Es aquí donde mejor podemos utilizar la ciencia como punto de partida de una historia o doblarla de maneras insospechadas para que se adapte a nuestra voluntad. De esta manera soñamos y hacemos soñar, una

generación tras otra, y si es necesario vamos más allá de las restricciones que nos impone la realidad. Esto es cierto ahora más que nunca, porque estamos expuestos constantemente a series de televisión que beben del imaginario de la ciencia ficción. Así hemos conseguido popularizar un género que durante décadas había sido patrimonio casi exclusivo de *geeks* y *nerds*. Y, de este modo, la ciencia está entrando cada vez más en las casas a través de las pantallas.

Por ello, este libro que tienes en las manos es tan divertido, porque funciona como una especie de *making of* de tus series favoritas, que en lugar de estropear la magia de la ficción la aumenta con la sabiduría de la ciencia. Divertido, pero también necesario, porque obras como esta nos permiten entender mejor el mundo que nos rodea y, de esta manera, disfrutarlo más. Y también porque tenemos que empezar de una vez a perder el miedo a la

ciencia si queremos sacarle el máximo partido. Aprovechamos, pues, que el mundo audiovisual nos lo está poniendo más fácil que nunca, que hoy en día todo el mundo conoce científicos como Samwell Tarly o Walter White, y hagamos que la ciencia rigurosa llegue a todos con iniciativas tan redondas como este libro.

En las siguientes páginas veremos cómo la realidad virtual que aparece tan a menudo en *Black Mirror* nos permite a los espectadores hablar con confianza de conceptos filosóficos como la conciencia, los universos paralelos y el transhumanismo, que antes habríamos dejado solo a los expertos. También descubriremos la química que hay detrás de la metanfetamina de Heisenberg y de dónde sacó ese seudónimo. Y aunque a todos nos da igual que los dragones de *Daenerys Targaryen* sean en realidad demasiado pesados

para levantar el vuelo o que no puedan escupir fuego sin chamuscarse el velo del paladar, seguro que encontraremos apasionante descubrir que tienen un volumen similar al de diez elefantes y, por tanto, deberían volar a 126 km/h para no caer en picado. O que para aplastar un cráneo como hace la Montaña, sería necesaria una fuerza de 2300 N, el doble de la de un humano muy fuerte.

El libro está trufado de pequeñas perlas como estas, que dan relevancia a todo lo que podemos aprender sin darnos cuenta sentados en el sofá. Tenemos que agradecer a los autores que hayan hecho el esfuerzo para explicárnoslo de una manera tan clara y comprensible. Así pues, aprovechemos que tenemos unos guías tan hábiles y expertos para apagar el televisor un momento y adentrarnos sin miedo en esta temporada llena de *cliffhangers* de la maravillosa serie que es la ciencia.